



Lafcadio Hearn

KWAIDAN

Historias y estudios de cosas extrañas



INTERZONA

KWAIDAN



怪談

Lafcadio Hearn

KWAIDAN

Historias y estudios de cosas extrañas



Traducido por Carlos Gardini

INTERZONA

INTERZONA

Hearn, Lafcadio

Kwaidan : historias y estudios de cosas extrañas / Lafcadio

Hearn. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires :

Interzona Editora, 2025.

160 p. ; 21 x 13 cm. - (Zona este)

Traducción de: Carlos Gardini.

ISBN 978-987-790-135-1

1. Literatura Japonesa. I. Gardini, Carlos, trad. II. Título.

CDD 895.63

Título original *Kwaidan: Stories and Studies of Strange Things*

© Houghton, Mifflin and Company 1904

© interZona editora, 2025

Pasaje Rivarola 115

(1015) Buenos Aires, Argentina

www.interzonaeditora.com

info@interzonaeditora.com

Traducción: Carlos Gardini

Edición integral: Natalia Brega

Imagen de tapa: Shutterstock

Diseño de maqueta: Gustavo J. Ibarra

ISBN 978-987-790-135-1

Libro de edición argentina.

Impreso en India. *Printed in India.*

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor y herederos. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446.

LA HISTORIA DE MIMI-NASHI-HŌICHI

Hace más de setecientos años, en Dan-no-ura, en las gargantas del Shimonoséki, se libró la última batalla de la larga contienda entre los Heiké, o clan Taira, y los Gengi, o clan Minamoto. Allí fueron exterminados los Heiké, con sus mujeres y sus niños, y su pequeño emperador, hoy recordado como Antoku Tennō. Y hace más de setecientos años que el mar y la costa están encantados... En otra parte me he referido a los extraños cangrejos de mar, llamados cangrejos Heiké, que lucen rostros humanos en el lomo y que son, según se dice, los espíritus de los guerreros Heiké.¹ En esa costa se ven y se oyen cosas muy raras. En las noches sin luna, millares de fuegos espectrales aletean en la playa, o relumbran sobre el oleaje, pálidas luces que los pescadores llaman *Oni-bi*, o fuegos demoníacos; y, cuando los vientos se enardecen, profusos alaridos provienen del mar, semejantes al clamor de una batalla.

1. Los describe en *Kotto*, y también habla de ellos en “La poesía de los fantasmas” (Véase la versión española de este texto en *El romance de la vía Láctea*; Buenos Aires, Espasa-Calpe, 1951). [N. del T.]

En otra época, los Heiké ignoraban el sosiego mucho más que ahora. Por las noches, se subían a las naves que cruzaban sus dominios e intentaban hundirlas; y jamás dejaban de acechar a los nadadores para arrastrarlos consigo. Para aplacar a esos muertos se construyó el templo budista, *Amidaji*, en Akamagaséki.² Junto a él, cerca de la playa, se levantó un cementerio, poblado por monumentos cuyas inscripciones evocan los nombres del emperador ahogado y de sus grandes vasallos; y allí realizábanse regularmente ceremonias budistas consagradas a esos espíritus. Edificado el templo, erigidas las tumbas, los Heiké ya no inquietaron a los vivos con tanta frecuencia; mas no cesaron, ocasionalmente, de hacer cosas raras, que demostraban que aún no habían hallado la paz perfecta.

Hace algunos siglos vivía en Akamagaséki un ciego llamado Hōichi, famoso por su destreza en la declamación y en la ejecución del *biwa*.³ Le habían enseñado su arte en la infancia, y en la juventud ya superaba a sus maestros. Como *biwa-hōshi* profesional, debía ante todo su fama a la exposición que hacía en sus versos de la historia de los Heiké y de los Gengi; y cuéntase que cuando cantaba la canción de la batalla de Dan-no-ura “ni siquiera los duendes (*kijin*) podían contener las lágrimas.

2. O Shimonoséki. La ciudad también se conoce con el nombre de Bakkan. [N. del A.]

3. El *biwa*, una especie de laúd de cuatro cuerdas, se usa ante todo en la recitación musical. En un principio, los trovadores profesionales que declamaban el “Heiké-Monogatari” y otras crónicas trágicas, eran llamados *biwa-hōshi*, o “sacerdotes del laúd”. El origen de esta denominación no es muy claro, pero es posible que la haya sugerido el hecho de que los “sacerdotes del laúd”, así como los masajistas ciegos, tuvieran el cráneo rasurado al igual que los sacerdotes budistas. El *biwa* se toca con una especie de plectro llamado *bachi*, habitualmente hecho de cuerno. [N. del A.]

En los inicios de su carrera, Hōichi era muy pobre; pero encontró un buen amigo que le brindó su ayuda. El sacerdote del *Amidaji* gustaba de la música y la poesía, y con frecuencia invitaba a Hōichi a tocar y recitar en el templo. Más tarde, impresionado por la maravillosa habilidad del joven, el sacerdote le propuso que se instalara en el templo, oferta que aceptó con gratitud. Una habitación del templo fue destinada a Hōichi, quien, a cambio de comida y alojamiento, no debía sino deleitar al sacerdote con su música ciertas noches que no tuviera otros compromisos.

Una noche de verano llamaron al sacerdote para realizar un servicio budista en casa de alguien que había muerto en la vecindad; él se fue con su acólito, y Hōichi quedó solo en el templo. Era una noche tórrida, y el ciego quiso refrescarse en la veranda que había ante su dormitorio. La veranda daba a un pequeño jardín, en la parte de atrás del *Amidaji*. En ese lugar, Hōichi aguardó el regreso del sacerdote, e intentó distraer la soledad mediante la música de su *biwa*. Pasó la medianoche, y el sacerdote no aparecía. Pero como aún reinaba una atmósfera demasiado sofocante como para entrar, Hōichi optó por quedarse afuera. Al fin escuchó unos pasos que se acercaban desde la puerta de atrás. Alguien cruzó el jardín, avanzó hasta la veranda y se detuvo justo frente a él... pero no era el sacerdote. Una voz hueca pronunció el nombre del ciego, con el modo abrupto y descortés con que un samurai se dirige a un subalterno:

—¡Hōichi!

Hōichi, harto sorprendido, no supo responder al instante; y la voz lo llamó una vez más, en tono áspero y perentorio:

—¡Hōichi!

—¡Hai! —respondió el ciego, amedrentado por ese acento amenazador—. ¡Soy ciego! ¡No sé quién me llama!

–No hay nada que temer –exclamó el desconocido con voz más mesurada–. Estoy sirviendo en las cercanías de este templo y soy portador de un mensaje para ti. Mi actual señor, hombre de altísimo rango, está de paso en Akamagaséki, con muchos y muy nobles servidores. Deseaba contemplar el escenario de la batalla de Dan-no-ura, y hoy visitó ese lugar. Como supo de tu habilidad para recitar la historia de la batalla, desea que actúes en su presencia: de modo que tomarás tu *biwa* y me acompañarás al palacio donde aguarda la augusta asamblea.

En aquellos tiempos, difícilmente se hacía caso omiso a las órdenes de un samurai. Hōichi se calzó las sandalias, tomó su *biwa* y se fue en pos del desconocido, quien lo guió con destreza aunque obligándolo a caminar muy rápido. La mano que lo guiaba era de hierro, y el rechinar de sus pasos mostraba que estaba completamente armado... quizá fuera un centinela de palacio. El temor de Hōichi se disipó: comenzó a sospechar que era muy afortunado, pues, al recordar que el servidor le había hablado de un “hombre de altísimo rango”, pensó que el señor que deseaba escucharlo no podía ser menos que un *daimyō* de la clase superior. El samurai no tardó en detenerse; y Hōichi advirtió que habían llegado ante un amplio portal... lo cual le intrigó, pues no recordaba ningún portal en esa parte del pueblo, salvo la entrada principal del *Amidaji*.

–¡Kaimon!⁴ –gritó el sirviente. Hubo un chirrido metálico y ambos siguieron adelante. Atravesaron un vasto jardín y se detuvieron nuevamente ante otra entrada.

–¡Acercaos! –gritó el samurai–. Traigo a Hōichi.

4. Un término respetuoso para solicitar la apertura de una puerta. Solían usarlo los samurai cuando se dirigían a los guardias de una casa señorial que les permitiera la entrada. [N. del A.]

Entonces se sucedieron los pasos apresurados, el susurro de las mamparas, el rumor de las puertas correderas y el murmullo de las voces femeninas. Por el modo de hablar de las mujeres, Hōichi advirtió que integraban la corte de algún señor de alcurnia, mas no pudo imaginar a qué sitio lo habían conducido. No tuvo tiempo para cavilar al respecto. Una vez que alguien lo ayudó a ascender por varios peldaños de piedra (en el último de los cuales debió dejar las sandalias), una mano de mujer lo guió por interminables y resbaladizos entarimados, lo hizo girar ante innumerables esquinas con columnas y lo llevó por pisos de esterilla cuya superficie era asombrosa por la amplitud, hasta el centro de un vasto recinto. Pensó que allí se congregaba una multitud de gente de rango, pues el susurro de la seda era semejante al sonido de las hojas de un bosque. También escuchó un denso murmullo de voces que hablaban en tono muy bajo, cuyo lenguaje era el lenguaje de las cortes.

Dijéronle a Hōichi que se acomodara a su gusto, y él descubrió que le habían preparado un almohadón. En cuanto se colocó y afinó su instrumento, la voz de una mujer –quien, según imaginó Hōichi, sería la *Rōjo*, o matrona al cargo del personal femenino– se dirigió a él con estas palabras:

–Recítanos ahora la historia de los Heiké, acompañándote con tu *biwa*.

Declamar todo el poema habría requerido muchas noches; Hōichi, por lo tanto, se aventuró a preguntar:

–Siendo la historia tan larga como es, ¿qué parte de ella desea mi augusta audiencia que le recite?

La voz de la mujer respondió:

–Recítanos la historia de la batalla de Dan-no-ura, que se destaca por su piedad.⁵

Entonces Hōichi elevó la voz y entonó el canto del combate del mar encrespado, y los sonidos de su *biwa* imitaban el chasquido de los remos y el bogar de las naves, el zumbido y el susurro de los dardos, los gritos y embates de los guerreros, el crujido del acero sobre los cascos, la caída de los cuerpos en el agua. Y cada vez que había una pausa, escuchaba voces elogiosas que murmuraban:

–¡Qué artista más maravilloso! ¡Jamás, en nuestra provincia, escuchamos cantar de ese modo! ¡No hay en todo el imperio un cantor como Hōichi!

Esto le infundió nuevos ánimos, y tocó y cantó aún mejor que antes; y le respondió un profundo susurro de asombro. Mas cuando al fin llegó al adverso destino de los hermosos y los débiles, al estremecedor exterminio de los niños y las mujeres, y al salto de muerte de Nii-no-Ama, con el heredero del trono en sus brazos, los concurrentes profirieron un grito prolongado, unánime y conmovedor, al que siguieron gemidos y sollozos tan fuertes y feroces que el ciego sintió temor ante la violencia de la pena que había suscitado, pues llantos y gemidos continuaron durante largo rato. Pero gradualmente se fueron desvaneciendo las lamentaciones; y una vez más, en el hondo silencio que imperó a continuación, Hōichi escuchó la voz de la mujer que, según él creía, era la *Rōjo*.

Esta le dijo:

–Aunque nos habían asegurado que eras muy diestro en la ejecución del *biwa*, y que tu modo de cantar no resistía

5. La frase también puede verse: “pues la piedad que despierta ese pasaje es la más profunda”. La palabra japonesa del texto original que traduzco por “piedad” es *awaré*. [N. del A.]

comparación, ignorábamos que alguien pudiera demostrar tanta destreza como la que esta noche nos has revelado. Nuestro señor se complace en anunciarte que está dispuesto a ofrecerte una recompensa que iguale tus méritos. Mas desea que actúes en su presencia en las seis próximas noches, al cabo de las cuales es probable que continúe su augusto viaje de retorno. Mañana por la noche, por consiguiente, debes venir aquí a la misma hora. El servidor que esta noche fue en tu busca irá a por ti... Hay otra cosa que me han ordenado que te informe. Se te requiere que a nadie menciones las visitas que nos haces durante la augusta permanencia de nuestro señor en Akamagaséki. Como él viaja de incógnito,⁶ es su voluntad que nadie se entere de lo que ocurre... Ahora, estás en libertad para volver a tu templo.

Después que Hōichi hubo expresado su debida gratitud, la mano de una mujer lo condujo hasta la entrada del palacio, donde el mismo samurai que lo había traído lo aguardaba para conducirlo a casa. El servidor lo llevó hasta la veranda de la parte trasera del templo y allí se despidió de él.

Hōichi regresó casi al alba, pero nadie había advertido su ausencia, pues el sacerdote, que había vuelto a horas tardías, lo supuso dormido. Hōichi pudo descansar durante el día, y no hizo ningún comentario sobre su extraña aventura. A la medianoche siguiente, el samurai volvió en su busca y lo condujo ante la augusta asamblea, ante la cual Hōichi volvió a actuar con el mismo éxito que había obtenido la noche anterior. Pero, durante esta segunda visita, accidentalmente descubrieron su ausencia en el templo; y cuando regresó al

6. "Viaja de incógnito" es, al menos, el significado de la frase original: "realiza un augusto viaje bajo disfraz" (*shinobi no go-ryoko*). [N. del A.]

amanecer el sacerdote requirió su presencia y le dijo, en un tono de afable reconvención:

–Nos has causado gran ansiedad, amigo Hōichi. Salir, a ciegas y a solas, a horas tan avanzadas, es peligroso. ¿Por qué te fuiste sin avisarnos? Pude poner un sirviente a tu disposición. ¿Y dónde has estado?

–¡Perdonadme, querido amigo! –respondió evasivamente Hōichi–. Hube de atender un asunto particular y no pude hacerlo a otras horas.

La reticencia de Hōichi asombró al sacerdote antes de mortificarlo: esa actitud le pareció poco natural y despertó su suspicacia. Temió que algún espíritu maligno hubiese embrujado o engañado al joven ciego. No formuló más preguntas, pero privadamente impartió instrucciones a los servidores del templo para que vigilaran los movimientos de Hōichi y lo siguieran en caso de que él volviera a alejarse durante la noche.

A la noche siguiente observaron que Hōichi volvía a dejar el templo; los sirvientes encendieron las lámparas y lo siguieron. Pero era una noche lluviosa y muy oscura, y antes de que los sirvientes pudieran llegar al camino, Hōichi había desaparecido. Era obvio que había caminado con gran rapidez... un hecho asombroso, teniendo en cuenta su ceguera, pues el camino estaba en pésimas condiciones. Los hombres se apresuraron a internarse en las calles y a preguntar en todas las casas que Hōichi solía frecuentar; sin embargo, nadie lo había visto. Finalmente, mientras regresaban al templo por el camino de la costa, los sorprendió el sonido de un *biwa*, ejecutado con tenacidad en el cementerio de *Amidaji*. A excepción de algunos fuegos fatuos –habituales en ese lugar en las noches tenebrosas–, no había en esa dirección sino espesas penumbras. Pero los hombres, sin vacilar, se precipitaron hacia el cementerio; y allí, a la luz de sus lámparas, descubrieron a Hōichi,

sentado bajo la lluvia, solo, ante el monumento erigido en memoria de Antoku Tennō, tocando el *biwa* y entonando en voz alta el canto de la batalla de Dan-no-ura. Y detrás de él, y a su alrededor, y en todo el cementerio, ardían como bujías los fuegos de los muertos. Jamás mortal alguno presencié tan magna congregación de *Oni-bi*.

—¡Hōichi San! ¡Hōichi San! —gritaron los sirvientes—. ¡Estás embrujado! ¡Hōichi San!

Pero el ciego no parecía oírlos. Esforzábese en reproducir con el *biwa* rasgueos, crujidos y clamores, y su voz se enardecía al cantar la batalla de Dan-no-ura. Lo aferraron y gritáronle al oído.

—¡Hōichi San! ¡Hōichi San! ¡Acompáñanos en el acto!

Él les dirigió un severo reproche:

—Interrumpirme de este modo, ante tan augusta asamblea, es por cierto intolerable.

Ante lo cual, pese a lo siniestro de la circunstancia, los sirvientes no pudieron contener la risa. Seguros de que Hōichi estaba embrujado, lo apresaron, lo pusieron de pie y por la fuerza lo arrastraron al templo, donde en el acto lo despojaron de sus ropas húmedas, a instancias del sacerdote, lo cubrieron con otra vestimenta y le ofrecieron comida y bebida. Entonces el sacerdote exigió una detallada explicación de la asombrosa conducta de su amigo.

Hōichi vaciló durante largo rato. Pero al fin, comprendiendo que su conducta realmente había alarmado y enfurecido al buen sacerdote, decidió deponer su reserva; refirió, pues, todo lo ocurrido a partir de la primera visita del samurai.

Díjole el sacerdote:

—¡Hōichi, mi pobre amigo, estás en gran peligro! ¡Qué lástima que no me lo hayas dicho antes! Tu maravillosa

destreza musical te ha metido, por cierto, en extraños problemas. Es hora de que sepas que no has visitado palacio alguno, sino que has pasado las noches en el cementerio, entre las tumbas de los Heiké; y ante el monumento que evoca la memoria de Antoku Tennō esta noche te halló nuestra gente, sentado bajo la lluvia. Cuanto has experimentado no fue sino una ilusión... salvo la llamada de los muertos. Al obedecerlos una vez, te has puesto en sus manos. Si vuelves a obedecerlos después de lo ocurrido, te harán pedazos. De todos modos, te hubiesen destruido, tarde o temprano... Ahora bien, esta noche no podré permanecer contigo, pues han solicitado mis servicios. Pero, antes de irme, será necesario que proteja tu cuerpo cubriéndolo con textos sagrados.

Antes del crepúsculo, el sacerdote y su acólito desnudaron a Hōichi; entonces, con sus pinceles, le trazaron sobre el pecho y la espalda, la cabeza y el rostro y el cuello, los miembros y las manos y los pies –y aun sobre las plantas de los pies, y sobre cada rincón de su cuerpo–, el texto del sūtra sagrado que denominan “Hannya-Shin-Kyō”.⁷ Cumplida esta tarea, el sacerdote instruyó a Hōichi de este modo:

7. El breve Pragña-Pāramitā-Hridaya-Sūtra recibe ese nombre en japonés. Tanto los sūtras más breves como los más largos conocidos como Pragña-Pāramitā (“Sabiduría trascendental”) han sido traducidos por el difunto profesor Max Müller, y puede hallárselos en el volumen XLIX de *Sacred Books of the East* (“Buddhist Mahāyāna Sūtras”). En cuanto al empleo mágico del texto, según se describe en esta historia, vale la pena destacar que el sūtra versa sobre la Doctrina de la Vacuidad de las Formas, es decir, sobre la irrealidad de todo numen o fenómeno. “La forma es vacuidad; y la vacuidad es forma. La vacuidad no difiere de la forma. Lo que es forma... eso es vacuidad. Lo que es vacuidad... eso es forma... La percepción, el nombre, el concepto y el conocimiento, también son vacuidad... No hay ni ojo ni oído ni nariz ni lengua ni cuerpo ni mente... Mas cuando ha sido aniquilada la envoltura de la conciencia, entonces él [el que procura librarse] se libera de todo temor y del alcance de las mutaciones, y goza al fin del Nirvana”. [N. del A.]

–Esta noche, apenas yo haya partido, debes sentarte en la veranda y esperar. Te llamarán. Pero, pase lo que pase, no respondas y no hagas movimiento alguno. No digas nada, quédate quieto, como si estuvieras meditando. Si te mueves, o haces algún ruido, te destrozarán. No te asustes; y un sueñes con pedir ayuda... pues ninguna ayuda podrá salvarte. Si haces tal como te digo, el peligro se disipará y quedarás libre de todo temor.

En cuanto anocheció, el sacerdote y su acólito dejaron el templo; y Hōichi se sentó en la veranda de acuerdo con las instrucciones que había recibido. Dejó el *biwa* en el suelo, asumió una actitud meditativa, y permaneció inmóvil, cuidándose de no toser, y de que no se oyera su respiración. Estuvo así durante horas.

Al fin escuchó pasos en el camino. Estos cruzaron la entrada, atravesaron el jardín, se aproximaron a la veranda, y se interrumpieron, justo frente a él.

–¡Hōichi! –llamó la voz hueca-. Pero el ciego contuvo el aliento y mantuvo su rigidez.

–¡Hōichi! –repitió ásperamente la voz.

Y luego, por tercera vez, con ferocidad:

–¡Hōichi!

Hōichi permaneció inerte como una piedra. La voz gruñó:

–¡Nadie responde! ¡No importa...! Lo buscaré...

Pasos de hierro retumbaron en la veranda. Lentamente, los pies se acercaron y se detuvieron ante Hōichi. Hubo un largo intervalo de ominoso silencio, durante el cual Hōichi sintió que todo su cuerpo se estremecía al ritmo acelerado de su corazón.

Al fin la voz ronca murmuró junto a él:

–Aquí está la *biwa*; pero de quien lo toca solo veo... ¡Un par de orejas...! Eso explica que no haya respondido: no

tiene boca para responder... de él no quedan sino las orejas... Le llevaré, pues, estas orejas a mi señor, como prueba de que sus augustas órdenes han sido obedecidas, en la medida de lo posible...

En ese instante, Hōichi sintió que unos dedos de hierro le agarraban las orejas, arrancándoselas. Pese al dolor, contuvo sus gritos. Los pesados pasos abandonaron la veranda, descendieron al jardín, se alejaron por la carretera, y dejaron de oírse. A ambos lados de la cabeza, el ciego sentía correr un líquido cálido y espeso; pero no se atrevía a levantar las manos.

El sacerdote regresó antes del alba. En el acto se dirigió a la veranda del fondo, y al entrar resbaló en una mancha viscosa que le arrancó un grito de horror, pues la luz de la lámpara le reveló que esa viscosidad era sangre. Entonces vio a Hōichi, sentado, en actitud meditativa, mientras de sus heridas aún fluía la sangre.

—¡Mi pobre Hōichi! —exclamó el sacerdote, perplejo—. ¿Qué es esto...? ¿Te han herido...?

Al escuchar la voz de su amigo, el ciego se sintió a salvo. Rompió a llorar, y en medio de sus lágrimas refirió su aventura nocturna.

—¡Pobre, pobre Hōichi! —exclamó el sacerdote—. ¡Todo por mi culpa, todo por mi imperdonable culpa...! En cada rincón de tu cuerpo inscribimos los textos sagrados... ¡salvo en tus orejas! Confíe a mi acólito esa parte de la tarea, y fue un gran error por mi parte no haberme fijado si lo había hecho... Bueno, nada puede hacerse ahora, salvo tratar de curar tus heridas sin demora... ¡Alégrate, amigomío! Ha terminado el peligro. Jamás volverán a perturbarte esos visitantes.

Gracias a la asistencia de un buen médico, Hōichi no tardó en recobrase de sus heridas. La historia de su extraña

aventura se propagó por todas partes y lo hizo famoso. Muchos nobles acudían a Akamagaséki para gozar de su arte; y Hōichi recibió pródigas ofrendas en dinero, que hicieron de él un hombre de fortuna. Pero, desde que ocurrió su aventura, solo se lo conoció por el apelativo de “Miminashi-Hōichi”: Hōichi *el Desorejado*.

